

fabblers

revista de poesía y crítica



marzo-diciembre 1974

52-61

fablas

revista de poesía y crítica

Director: ALFREDO HERRERA PIQUÉ

Redactores

DOMINGO VELÁZQUEZ

LÁZARO SANTANA

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

JUSTO JORGE PADRÓN

Editor-fundador: DOMINGO VELÁZQUEZ

F A B L A S — Apartado Postal, 11 — LAS PALMAS DE GRAN CANARIA (España)

CUADERNO DE LANZAROTE

A Justo Jorge Padrón

TIMANFAYA

SÓLO se conocía el tiempo del cereal merecido, de la campana apacible, y de los veleros vientos de la mar.
El tiempo agrícola, protector y esperado, sin más transcurrir ni más nombre que el nombre de las cosas diurnas.
Aplomado tiempo de sementeras en punto, sumiso a la abundancia, familiar en relojes detenidos en el para qué.
Sin puertas rotas, tiempo abierto de una vez hacia la consumación aceptada, sin sombras para el sol exacto.
Tiempo sin piedras contra la luz de tantos aires zarpadores, pero de aquí nadie marchaba.
Todos persistían en aseverar el bien aprendido trabajo del vivir y del después alejarse hacia los claros adentros de Timanfaya.
Y siempre era mediodía en Timanfaya, en Testeina, en Maretas, en Tingafa...
Nunca cesaba el eco de la luz bienoliente, rural y también marinera,
en donde el crepúsculo y el alba se encontraban alzando palmeras, guardando los trigos, sabiendo el camino.
Pero de pronto, en la noche, fue todo de noche, aquí, en Timanfaya.
Una montaña de noche que el sol no tramonta ni abate.
Un pedregal de oscuridad que corroe, fango enardecido en viscosidades quemantes.
Porque fue noche de fuego, tiniebla de fuego, inapelable construir lo que es perenne del fuego.
Quemazón levantada de golpe de su ensimismamiento rupestre, venida de donde ni la llama perdura.

Brasas apretujadas para una oscuridad sin remedio, desmantelada
columna de iniquidad.
Tropel de abismos erguidos en estertor de huracán sepultado.
Alud de cumbres soterrañas impelidas contra la luz y el buen
tiempo de Timanfaya.
Piedra de incandescente reptil que extendía cavernas socavadoras
del aire, tan claro aquí el aire.
Vértigos arrebatados contra los días frutales, la certidumbre sere-
na y los días sin qué recordar.
Grietas para la luz arrancada, para el descarnado viento sin prin-
cipio ni adónde.
Raíz que se levanta y cuartea, germinación de nunca sembradas
cosechas.
Y por esto es de noche en Timanfaya, y en mí que me acerco a sus
casas,
que toco sus puertas que luego tendré que cerrar con muy cuida-
doso silencio.
Es de noche ya siempre en Timanfaya, y en todos los pueblos que
son y serán Timanfaya.
Llego a la plaza que tuvo el amparo de la espadaña benigna, dis-
puesta al perdón,
y qué oscuridad se me enciende en los pies y se me anuda en las
manos.
Doy los buenos días a las buenas gentes de rústica, natural cor-
tesía,
y un rumor de ceniza amordaza mi voz y se derrama en mis ojos.
Llego a puertas de limpios colores, hospitalarias macetas de flor
y blancura,
y un socavón de fuego horada la calle, ennegrece los muros del
albayalde solar.
Golpeo cristales de ventanuco prudente, y grito quién hay ahí
dentro, qué ocurre...,
y ya carcomidas de llama reseca, las voces de nadie me dicen no
hay nadie.

Penetro en las casas, el pan está tierno, la lumbre propicia seguía
encendida,
pero en cuanto toco la mesa del hallarse juntos, del decir ya veis,
el fuego nocturno derriba paredes, y me hace nocturno en el sol,
y está Timanfaya en un pozo vertido de piedras quemadas, es pie-
dra encendida, lugar de mal tiempo,
y yo quedo solo en el viento de este mediodía de sepulcro alzado.
Surcos de lagarto hundido, en donde venían labranzas incólumes.
Llanura espinosa de piedras de fuego parado un instante tan solo,
para de pronto encender otra vez agujeros en donde se abre y per-
siste la nada.

Aquí Timanfaya ni fue, ni se encuentra, ni nadie la dice ni quiere.
Ni amó ni trató limpias tierras de bondadoso trugal, de vid salu-
dable, de higuera tan plácida de dulzor y de sombra.
No fue Timanfaya. No queda ni muerte, ni nombre, ni gentes que
sepan decirlo.

Yo sí, Timanfaya. Yo sí sé la voz que se oía más grata y más tuya:
es ésta, tu nombre salvado del fuego, tus sílabas claras de brisa
y de flor malvarrosa.

Y aquí yo, tenaz y con miedo, te digo y pronuncio y te vuelvo a
fundar al nombarte,
en esta nocturna mañana llegada a su cumbre de sol todavía ente-
rrado.

Está endurecido ya el fuego en la piedra y sobre tus días de ayer
y de nunca.

La piedra enraizada en su salto voraz de catarata inminente,
ascua en reposo, tan sólo en reposo de este apretujón de tiniebla
que tal vez ahora, ahora, ahora...

Y erguido en la tierra que va madurando sus yescas de espuma
afilada,
repito tu nombre en los hoyos de todo lo vivo y lo muerto.
Yo te busco viva, y digo que vives, que yo sí sé verte, hablar con
los tuyos, tomar de tu vino,
saber si este año fue bien la cosecha, y luego poder recordarte

como pueblo en paz.
Se acerca otro cúmulo intenso de cráteres hoscos, y vuelvo a mi tiempo.
Por estas cenizas que son también piedra llagada, me voy convencido de todo lo muerto.
Quien no haya pisado esta alfombra de abismos, quien no haya escuchado su tiempo clavado en sus pies, no sabe del tiempo.
Cenizas agudas me queman los pasos aquí donde el tiempo es crujió sin eco.
Tendré que saber escucharlas ya todos los días que queden en mí, oír las a solas, descalzo y a solas, en todo camino, también en mi casa. ¿En dónde? En nunca.

PLAYA QUEMADA

AL sur del vendaval, y en rumbo de arrecifes sin fondo, escorado encontré al “B. Suerte”.
Rojos, verdes y blancos carcomidos, harapos de la mar encallada en lo triste.
Y también chozas varadas en desguace sumiso, labor de mal puerto. Por arena, piedras. Abultadas piedras de la negrura que ni las olas ni el sol brillantan,
ni las encrespan, ni las amansan, ni las retienen como cosa sabida y querida del mar.
Piedras para el naufragio de los colores de la gozosa arribada. De mal augurio, piedras, para los pescadores que aquí ya nunca aparejan.
Fardos que lastran la luz, carbones desenfrenados cuando la llama enconó sus raíces.
Piedras a flote contra la mar que amparaba a esta tierra rauda a babor y a estribor, navegante.
¡Isla a todo trapo de volcanes en flor! ¡Que San Borondón te

proteja!
¡Que te desclave del áncora negra y huraña y a pique en el fondo
del fuego,
garfio que en el noray de esta Playa Quemada
se enrosca con cadena de piedras humeantes de oscuridad todavía!

JUAN PERDOMO

TE busqué por las breñas de fuegos absortos que sepultan el
poderoso azul de la mar.
Quise también saber de ti, que te encuentras, se dice, a barlovento
de esta soledad sin lugar conocido.
Para verte, aclaré laberintos que el sol mantenía tapados y lejos,
en los arenales del humo.
Te había leído en el papel insistente de un mapa medroso de rutas
venidas al fuego.
O buen hombre o buen pueblo, tenías que estar aquí, al doblar esa
esquina de sombra de nube que pasa.
No estás, Juan Perdomo. Ni nadie.
No puedo encontrarte labriego de piedra ominosa, y esperando más
llamas de golpe;
ni terco caserío de gentes que nunca se alejan porque tienen las
puertas abiertas al miedo.
Juan Perdomo. ¿Quién fuiste? ¿Tú, nadie? ¿En qué lejanía inmi-
nente te ocultas?
Hombre hecho pueblo. Pueblo de un solo hombre de aquí para allá,
burlador de cartógrafos.
¿Qué ocurre, que encubres caminos hacia tu despoblación de lugar
temeroso?
Pero ahora sé mucho de ti, por no haberte encontrado donde se dice
que siempre,
aunque tendré que callar tu lugar o tu paso, ya que con tanta fuer-
za tu mano apretó mi garganta

cuando al gritar tu nombre en la desolación, estaba gritando mi nombre.

DOÑA ANA VICIOSA

EN toda esta fatiga de púas que escarban los ojos y trocean la voz,
en la piedra gimiente para demasiado dolor,
estoy solo.
En la luz que no escucho, en la caducidad aupada contra la carne en carne viva,
ahora me atrevo a un nombre que se dice que fue mucho gozo, sazón de unos años, palabra de bien.
¡Acude, Doña Ana Viciosa, que se te supo muy bella y malquista por tu frecuente mesa de la convidada amistad!
Pero yo no te llamo para la caricia del pan y los vinos de regalada presencia.
Yo te tuteo y te evoco para mi piel y mi sed rasguñadas, porque aquí falta vida.
Ven desde tu hermosura que tiene lugares incólumes incluso en la muerte.
¿De nuevo tú aquí, por mi voz? ¡Tú, tesoro de sábanas blancas y en seguida calientes!
¡Regresa a la sensata avidéz de la carne, al corazón temblador nunca en vano!
¡Sálvame de la deslumbrante pesadumbre de esta vastedad tan huera de piedra espinosa!
¡Cansado de mí, de mis silencios en sombra, transparece, mujer, tú que puedes,
en esta desolada edificación de subterráneos vertidos a la luz!
¡Abreme desnuda almohada de calmantes arenas a pleno sol de soles feraces!
¡Harías a un lado el saber pertinaz del morir, y por un largo ins-

tante, si tú lo quisieras,
devolveríamos al amor el amor que también conoció, tú lo ves. Ti-
manfaya!
Y que la que dicen Santa Trahamunda, que a pesar de tan bella se
quiso cenobial desacariciada,
nos propicie el perdón, si perdones convienen por haber vuelto a
la vida tú y yo,
por extender campos fértiles, por sanar fuentes de umbría en este
horizontal abismo del tiempo.
El tiempo que otra vez se levanta en roquedal de tizones
para quien persistió en estar solo más allá de lo cierto.

LA GERIA

TIMANFAYA en su sólida altura voltea lentos relojes de ce-
niza crujiente.
Relojes desandados hacia el principio fugaz de los tiempos que son.
Expectante clepsidra de piedras enrojecidas por el pavor del deso-
lado transcurso.
Mientras, aquí, en las horas abiertas por el afán cotidiano, y por-
que hay que vivir como sea,
aquí estos mínimos cráteres plácidos, humana excavación ritual
para la luz de la vid.
También entre cenizas, pero de feraces sosiegos, de meditada bon-
dad de la tierra,
estos muros fragantes de los que rebosa el olor de la fecundación
de la savia caliente.
Piedras curvadas como veletas que llevan al acogedor, paternal
sotavento.
Brújulas desnortadas para extraviar el huracán de pertinacia las-
civa.
Esmeradas cisternas para el sabor del sarmiento que crece del
fuego.

Cuenco de lava bienhechora que asume la verde alegría del pámpano,
hasta que rebosa de vinos como tenaces puños de salvación.
Entre tanta necesidad de negrura, aquí se derraman alfaguaras de luz,
y qué rumor de feracidad recobrada en donde quién se atreviera a predecir esperanzas.

ENRIQUE BADOSA

Lanzarote. Octubre, LXXIII.

